

yo con esta misma sangre de Jesucristo firmaré desde aquí la sentencia de su eterna condenacion. Perezca el desventurado, perezca quien á Cristo le niegue la demanda tan justa, y aquella misma sangre que lo había de salvar, esa sea la que le condene: no halle piedad quien no la tiene: no consiga perdon quien no lo dá; no logre misericordia quien no la usa; caiga, caiga y prevalezcan contra él todos sus enemigos: quede su muger viuda, huérfanos sus hijos, y sus descendientes anden descarrados, pobres y mendigos; arruínese su casa, disípese su hacienda, y bórrese de la tierra el nombre: *Et desperat de terra memoria ejus, pro eo quod non est recordatus facere misericordiam.* Duren firmes en los archivos de Dios las memorias de todos sus delitos, para que cuando parezca en aquel espantoso Tribunal, sea juzgado sin misericordia quien no supo tenerla; y quien no quiso perdonar, salga de aquel Tribunal para siempre condenado. *Cum judicatur, exeat condemnatus.* ¡Oh! no permita, Señor, tu piedad infinita, que haya en este auditorio alguno ó alguna, que hoy quiera salir de esta Iglesia condenado, que se quiera echar sobre sí estas espantosas maldiciones de las Divinas Escrituras, por conservar en su corazon un odio maldito! sino que todos con veras de nuestro corazon firmemos este general perdon. Perdonamos, mi Dios, porque tú nos perdones: ofrecemos á todos nuestro amor, porque tú nos ames; admitimos á todos á nuestra amistad, porque tú nos recibas á tu gracia.

RECETA DE SALUD DE LAS TRES PRINCIPALES ENFERMEDADES
QUE SE CURABAN EN LA PISCINA.

Segundo Viérnes de Cuaresma, año de 1691.

In his jacebat multitudo magna languentium, caecorum, claudorum, et aridorum. Joan. cap. 5.

Erased en Jerusalén una prodigiosa Piscina, no en vano así llamada del comun, pues que aunque no tenia peces, parece que se pescaban en sus aguas los milagros, hallando en ellas todas las enfermedades, como de lance, la salud. *Probática* era el nombre de su oficio, porque no estuviese ociosa mientras no hacia milagros, que no habian de ser estos pretexto para excusarse del trabajo. Servían, pues, de ordinario sus aguas de lavar para sus sacrificios al cercano templo: y no por emplearse así en este ejercicio sus aguas, dejaban de atender al Cielo, de donde les venia su virtud. Todo lo juntó el Hebréo, llamándola *Bethsaida*, casa de misericordia: donde, sin omitirse diligencias humanas, asisten socorros divinos. Así sucedia allí; porque á tiempos no prevenidos, bajando del Cielo un Angel, movia invisiblemente las aguas; y á su alboroto, siguiéndose el alborozo en los enfermos, á toda pri-

sa, unos tropezando con otros, el que primero caía, ese era solo el que se levantaba: eso es acudir con prontitud cuando llama Dios; que lo que nos parece caer es levantar; lo que nos parece ahogo es salud, y el que con resolución pierde el pié con que estrivaba en la tierra, ese en las aguas de la gracia gana todo el cuerpo para el Cielo. A la esperanza, pues, de este milagro, en cinco soportales que la rodeaban, yacía una multitud grande de enfermos, entreteniéndose los ayes de su padecer con la mas costosa receta del esperar. ¡Cosa rara! ¡las aguas de salud, y á sus orillas muchos enfermos! Muchos sanos, dijera yo; pero eran enfermos de confiados; por eso, despreciando las medicinas, duraban en sus achaques con decir: Ahí está la Piscina, Ahí está la Confesion, dicen acá enfermos mas peligrosos: haré este pecado, que luego me confesaré. ¡Y ya sabes que te confesarás? ¡Y ya sabes que te confesarás bien? ¡Y ya sabes que te quiera dár Dios el auxilio que tanto le has desmerecido? ¡Oh, confianza nécia, que á tantos dejó sin remedio en la misma salud! No está léjos la prueba. ¡Aquellas aguas sanaban los enfermos? ¡pero cuántos no sanarian? ¡Cuántos rendirian entre gemidos la vida allí, allí á las mismas orillas de su remedio? De uno sabemos que contaba ya treinta y ocho años de cama, y en ella treinta y ocho edades de dolores, y treinta y ocho siglos de deseos; en su enfermedad, dice el Evangelista, *In infirmitate sua*; claro está que habia de ser suya; pero no es tan claro, que pudiera estar enfermo de la enfermedad agena. Díganlo cuantos viven de ser corredores de culpas, de escandalizar, de consentir y tapar. Suya era la enfermedad de aquel pobre, suya era; ¡pero qué enfermedad? El Evangelista

del todo nos la calla: mas ya todos han dado en decir que él era el Parálítico, y se han salido con ello. No sé qué tiene esta voz comun del pueblo, aun cuando callan los Evangelistas. Ello lo debieron de sacar por los efectos, ó de que no se movia, ó de que era esto con mucha dificultad. ¡Así? Pues parálítico es. ¿Qué importa que se quiera solapar el achaque, mientras lo están manifestando los efectos?

Este, pues, era el estado de aquel hospital y Piscina, cuando se llegó la Pascua. ¿Cuál de ellas? No lo dicen; y sea lo que fuere, que para nuestro Señor Jesucristo, en haciendo bien á los hombres, esa es su fiesta toda, y es su Pascua. Entónces, pues, entró el Señor allí, y llevando en sus hojos las dos mejores fuentes de salud, se los robó desde luego, quizá por mas necesitado, aquel de treinta y ocho años de enfermo. Fuese acercando hácia él, ¡qué hermosamente apacible! Y sin mas ostentacion de aparato, (que siempre atiende Dios mas al fruto) hombre, le dice, ¿quieres sanar? Él entónces, mostrando que tanto como su enfermedad prolija le afligia su total desamparo, de éste se lamenta, y deja que su querer, su misma necesidad lo publique muda: ¿que si quiero? para eso estoy aqui, y hace treinta y ocho años que de día y de noche es toy queriendo. Pero soy tan desdichado, que sobrándome dolores, porque ni este me falte, no hay quien de mí se duela: ni puedo valerme yo, ni tengo quien me valga; un hombre solo no tengo que, cuando se revuelven esas aguas, me arroje en ellas; y si bien hago mi diligencia, por mas prisa que quiero darme, como vá tan despacio mi achaque, siempre llego tarde. ¡Así? Pues levántate, dice el Señor: levántate, carga esa tu camilla y anda vete,—

¿Cómo Señor? ¿Y no hay mas que eso para un enfermo de tantos años?—No hubo mas: levantóse, recojió sus pobres trapos, echóselos al hombro y fuese. ¿Y fuese? ¿cuando suspensa toda la admiracion no se mueve? ¿Y fuese? ¿cuando atónito se queda embelesado el pasmo? ¿Y fuese? ¿cuando suspenso se pára el discurso? Fuese descontando en un instante solo de salud, treinta y ocho años de miserias. ¡Estupendo milagro! ¿Pero los demas enfermos? Esos acá se quedan para que ellos busquen, y les busquemos la salud, que basta dejarles el Señor la receta para que la consigan; no hemos de querer que lo haga Dios todo. Apenas sale aquel con su camilla acuestas, cuando los fariseos le meten á pleito el milagro, conque no puede hacerse en sábado. Dejémoslos rabiando envidiosos, que para nosotros, si el sábado nos representa en María el mejor descanso de Dios, ese fué allí especial título para hacer el beneficio, como es acá motivo poderoso para conseguirnos la gracia. *Ave María.*

*In his jacebat multitudo magna languentium,
&c. Joan. ubi. supra.*

En una Piscina de achaques incurables toda una República de enfermos peligrosos, desde luego me desalentara el ánimo á conseguirles la salud, si no fuera el mismo Médico Divino el que les ofrece el remedio, que en uno solo, que por milagro dejó sano, á todos les dejó la receta para que puedan sanar sin milagro. Entro ya visitando las salas de los enfermos para ver luego cómo al ejemplo del que sanó, pero con su receta misma, pueden quedar todos remediados. No me admiran, pues, que fuesen allí los enfermos tantos; lo que sí reparo, es,

que fuesen las enfermedades tan pocas. Los enfermos una multitud grande: *Multitudo magna languentium*; y las enfermedades solo tres: *Caecorum claudorum, et aridorum*; ciegos, cojos, valdados. ¡Válgame Dios! ¡tantos enfermos con tan pocas enfermedades! Diré la razon de mi reparo: Bien sé que basta una enfermedad sola para que de ella muchos enfermos adolezcan: eso se viene á los ojos; pero si en aquella Piscina sanaban todas las enfermedades sin reservarse alguna: *A quacumque detinebantur infirmitate*: luego acudirian á ella los enfermos de todas las enfermedades. Parece discurso legítimo; y si todos acudian, díganos el Evangelista que hay muchos enfermos, y tambien muchas enfermedades; ¿pero en tan gran muchedumbre de enfermos, solas tres especies de achaques? ¿No habrá leprosos, héticos, calenturientos, hidrópicos? ¿Qué en toda una Ciudad tan grande, tan populosa como era Jerusalem, no habia mas que solo tres enfermedades? Pues á cualquier hospital de México que vayan, sin haber muchedumbre de enfermos, han de hallar mas de tres enfermedades. ¿Cómo, pues, en la Piscina, adonde todos concurrían, solas tres se hallan? Miren lo que he pensado, y considérenlo conmigo á lo práctico. Esos tres achaques eran los que en sí mismos tenían el embarazo de su remedio; no así los otros. Pongámonos á mirar la Piscina: la dicha y la salud estaban allí, no en caer como quiera á las aguas cuando se movían, sino en caer el primero, ese solo sanaba: *Qui prior descendebat*. Ahora, pues, muévense de repente las aguas; pero el ciego, como no las vé mover, mientras le avisan, mientras lo cree, mientras llama al Gomecillo, mientras lo lleva, zás, ganóle ya la vez el leproso, que como no tenia su mal en la

vista, logró ya, y ya sale sano, y se despide cuando el ciego llega y se queda suspirando á la orilla. ¿Qué se ha de hacer? Hasta otra ocasion, hasta otra. Vuelven á moverse las aguas, y el cojo, ó el tullido, aunque las ve mover, mientras acude á las muletas, mientras las acomoda, por mas prisa que se dá, retardado su movimiento, zás, ganóle la ocasion el hético, que cuanto mas delgado, se mueve mas ligero, y sale ya sano de su achaque, dejando el hospital cuando el cojo llega á suspirar solo. Hasta otra vez, paciencia. Vuelven á moverse las aguas, míralas el valdado ancioso; pero con medio lado muerto, mientras llama, mientras vienen, mientras lo cargan, zás, logró ya el lance el hidrópico que no hubo menester quien lo cargara; sale ya bueno y se despide, mientras aquel se queda suspirando. Y hé aquí cómo de una ocasion en otra, los otros salen y estos se quedan: sanan los leprosos, los héticos, los hidrópicos, se despiden y se ván. Y los ciegos, los cojos, los valdados, ahí se estan, ahí se quedan siempre rezagados, siempre enfermos, y siempre sin remedio; porque tienen el embarazo de su salud en su misma enfermedad: *Cæcorum, claudorum, et aridorum.*

¡Ah, enfermedades, que así de vosotras mismas os fabricais los imposibles al remedio! Sucede fieles, (porque vengamos de la general Piscina de Jerusalén al comun hospital de México) sucede, que llegada una Cuaresma, muévense á las voces de los predicadores, las aguas de la gracia; vienen como de tropel, concursos grandes al sermon de todo género de enfermos; sanan por suma dicha nuestra, y suya, no pocos; ¡pero quiénes? El uno, que lo precipitó su desdicha: la otra, que la arruinó su fragilidad; pero pasada la Cuaresma, vemos que to-

avía se queda una muchedumbre grande de enfermos: *Multitudo magna languentium.* Cuántos, ciegos en la pobreza, que mientras acaban de conocer la verdad, mientras acaban de ver su desdicha, voces, desengaños, avisos, ahí se están, ahí se quedan hasta otra Cuaresma, hasta otra? ¡Y cuántos años ha, desventurado, que así te vas quedando siempre ciego? Quédanse los cojos de la vanidad y la soberbia asidos á las muletas de excusas por mas que los convidan los desengaños; y de un año á otro mas crecida la vanidad, y mas en su punto la soberbia. Quédanse todavia los valdados de la avaricia, cerrándose mas apretadamente que sus cofres, y peores cada dia, y mas de muerte. Pues á todos en una sola salud les deja hoy el Señor el general remedio. Con tres palabras sanó aquel paralítico, y en esas mismas tres palabras les deja la receta de salud á toda esta muchedumbre de enfermos: levántate ciego, y así sanarás: *surge*, toma sobre tus hombros esa cama, cojo de la soberbia, y así quedarás libre: *Tolle gravatum tuum*: muévete, anda, valdado de avariento, y así recobrarás tus fuerzas. *Et ambula.*

Digno es de suma admiracion el cotejo que ya os propongo. Comparad á David con David, para conocer así la mas terrible enfermedad. Vióse una vez ya victorioso, no menos de enemigos que de trabajos, exaltado á la grandeza del sólio, y abrió brecha en su corazon por donde la presuncion y la arrogancia le hicieron nuevo asalto, y mas terrible. Mandó contar sus combatientes, glorioso al ver los campos embarazados con el número de sus tropas: hizose á su mandado la reseña, y cuando su Capitan General Joab le trae ya las listas de sus reseñadas escuadras, en las manos las tenia to-

davia, cuando *percussit*, dice el Texto Santo, *percussit cor David eum*, le remordió la conciencia, le fatigó el escrúpulo y lo afligió tanto, que al punto, postrado por la tierra, reconocido y humilde: Oh, Señor, clama á Dios, conozco mi pecado, y veo que es grande: *Et dixit ad Dominum: peccavi valde in hoc facto*. Viene enviado de Dios el profeta Gad, y aun antes que hable una palabra sola, le sale David al encuentro, y le previene su reprehension con la confesion espontanea de su culpa: *Confusione praevenit Dei nuntium*, dijo San Ambrosio: delicada conciencia por cierto, pero aguarden: peca otra vez David, comete aquel torpe adulterio con Bersabé, ejecuta un sangriento homicidio, y llena á Jerusalén de escándalo. Y despues de tanto, un dia y otro se pasa, uno y otro mes, y ya casi todo un año; y David se está tan sosegado, tan sin remordimiento, tan sin susto, tan sin escrúpulo, que venido entónces de parte de Dios el profeta Nathán, le pone delante punto por punto todo su delito claro, patente sin mas que mudarle los nombres, y con todo eso, ni David lo ve, ni lo advierte, ni lo conoce. Pásmese ahora quien tuviere entendimiento á este cotejo. Allí apenas ejecuta el pecado, y ya es sentido, ya visto, ya llorado: aquí cometido un tan enorme delito por el espacio de casi todo un año, y ni lo ve, ni lo conoce, ni lo advierte: este poniéndoselo á los ojos el profeta Nathán, no lo ve; y aquel aun antes que el profeta Gad le haga el cargo, ya David lo confiesa y lo llora. ¿Qué es esto? ¿Qué ha de ser? Que era el segundo pecado de lascivia y por eso deja á David tan rematadamente ciego, que le quita la atencion, aun para admitir lo mismo que le están ofreciendo de remedio.

Por aquí salgo ya de una duda. Dudaba yo ¿por-

qué siendo la seguedad de lentendimiento, castigo general de todos los vicios, se ha de alzar con todo eso sobre todos el amor torpe, con el nombre, las propiedades y los hechos de ciego? Dá la razon Santo Tomás: *Quia vitia carnalia in tantum magis extinguunt iudicium rationis, in quantum longius abducunt á ratione.* (2. 2. q. 53. art. 6. ad. 3.) porque quanto mas se acerca por la carne la sensualidad á lo bruto, tanto mas se tupe á lo ciego, y quedándole al lacivo lo sufrido de un bruto para el azote, el afan, la fatiga, su misma ceguedad le estorva el buscar el remedio á su miseria, ¿pues qué pensais, dice San Paulino, que fueron los filisteos los que sangrientos le sacaron á Sanson los ojos? No fué sino el amor torpe quien lo dejó ciego: no es ahora la taona la que así lo trata como un jumento; la ramera vil fué la que lo envileció como á un bruto. ¿No habeis oído ya el suceso? Pónelo aquella cuatro veces en manos de sus enemigos, y á tan repetidos lances, aun no acaba de ver sus traiciones: lo engaña una y otra vez, y aun no conoce los mismos engaños que toca. Pues sobrados tenia ya á los ojos, quien lo mismo que miraba no lo veía: por demas tenia el entendimiento, quien á lo mismo que entendía no se daba por entendido: ya él era ciego con la torpeza; ya él era bruto con el amor, pues no se ha añadido mas, sacándole los ojos y atándole como jumento á una taona, que darle por castigo aquello mismo que era culpa señalarle por pena, lo mismo que él tenia por gusto, y vincularle su tormento á lo que él escogió por deleite: *Caecitate punitur, et mola, qui dignus est opere jumentario, qui semetipsum lumine rationis orbaverat.*

¡Ah, taonas del ciego rapáz! El á ciegas descar-gando el azote, y á ciegas dando vueltas al apetito

bruto. ¡Qué solicitud! No sosiega: ¡Qué ansias! No paran: ¡Qué fatigas! No descansan: ¡Qué desvelos, qué sustos, qué congojas! Y siempre á las espaldas el azote, y siempre al corazón las vueltas. Gimen las amarguras, suspiran las ansias, jadean los afanes, y la rueda no pára. ¿Y todo para qué, hombre? para que el diablo coma de lo que tú sin cesar te fatigas; para que el diablo triunfe de lo que tú afanado gimes, y para que el diablo te lleve á tí y á lo que trabajas: *Qui peccatum operatur, dice San Paulino, in mola vitae suae hostile triticum molit, ut diabolus pascat, quae sibi fames est.* Hombre desventurado, pobrecilla muger, esclavos de un ciego rapáz mas ciego cuando con mas ojos, pues para quedar del todo sin ellos, decís que los poneis en lo que amais, quitándolos de lo que sois, decidme, con tantas desventuras como padeceis, tanto durar en sufrir, tanto persistir en padecer, y tanto porfiar en servir, ¿qué puede ser sino de un bruto lo sufrido y de un ciego lo irremediable? Aun al jumento mas lerdo y mas vil le tapan los ojos, dice San Paulino, para atarlo á una taona, porque si viera, espantado al golpe del azote, aun un jumento procurara salirse de la fatiga. Pues andar siempre esa noria y quedaros sedientos siempre: ¿andar siempre esa toana, y vos hambriento siempre, ¿qué desventura es esta? ¿Qué tienes desventurada muger, sino una vida mas que de vil esclava en eso en que esperabas tu sustento? ¿Qué has adquirido? ¿Un tabuco de casa con dos trapos que tú llamas galas; un lazo del demonio que tú llamas joya; una soga que te tira para el infierno, que tú llamas perlas; y con eso mucho de deshonor, mucha condenacion y mucha infamia? ¿Qué importa que todos te vean? ¿Qué importa que todos te aplau-

dan, si todos te burlan? ¿Y qué importa que ahora luzcas, si tan presto, reducida á horrores por la enfermedad, pararás en viles cenizas? ¿Y no ves esto? ¿Y no procurarás tu remedio? Pues eres ciega y estás embrutecida. ¿Qué tienes, hombre desdichado, sino un azote continuo del diablo en eso que ponias tu gusto? Las rentas, si las hay, ya no alcanzan; el caudal, si lo hubo, ya no basta; ya el trabajo no puede; las trampas ya no valen; los chascos, ya todos se enfadan; ya toda alhaja por alhaja se han vendido; ya la pobreza llega; ya te ves tan raydo de vestido, como de honra; tan falto de bolsa, como de conciencia; tan perdido de dinero, como de alma. ¿Díme, hombre (si lo eres y no bruto) casado, debiéndote reportar este estado, que mas te desenfrena amancebado á los ojos de tu muger, sin recelo al escándalo del pueblo, y sin vergüenza á los ojos de Dios, y sin temor: dime, ¿cuántas advertencias debes al amigo, cuántos desengaños al predicador, cuántas lágrimas á tu pobre muger, cuántas miserias á tu familia, cuántas desnudeces y hambres á tus hijos, cuántos avisos á la desgracia, cuántas pérdidas á la hacienda, cuántas inspiraciones á Dios, y cuántas condenaciones á tu alma? ¿Y sobre tanto no hay remedio? No, no; pues eres ciego y eres bruto.

Dirásme que son caídas de tu fragilidad; pues para esas te ofrezco con Jesucristo el remedio. Levántate ya de caídas tan de ciego: *Surge.*—¡Oh, que no puedo dejar un amor de tanto tiempo!—No lo has de hacer tú solo, sino la gracia.—Me parece imposible dejar una correspondencia tan larga.—Dios es el que te lo hará fácil si te resuelves.—Hay muchos embarazos.—Ea, que no valen excusas: y si nó vente conmigo á la Piscina. ¿Qué

sería allí ver que á un enfermo de treinta y ocho años, llega uno que él tenia por un hombre desconocido, y resueltamente le dice: *Surge*, levántate? ¿Señor, (pudo él responder muy bien) pues ha treinta y ocho años que estoy aquí tendido, y ahora tan sin mas ni mas me dices tú que me levante? ¿Tan fácil es eso? ¿Cómo me he de levantar, si estoy parálítico? Si apenas puedo mandar los miembros de mi cuerpo, ¿cómo me mandas tú que me levante?—¿No te parece que serían mas legítimas excusas estas, que cuantas tú puedes poner en esa tu pasión? ¿No eran mas verdades que cuantas puedes tú alegar en tu torpeza? Pues aguarda: ¿qué es lo que hizo aquel? Levántate, y levántate; ¿cómo fué esto? Dios con él, y él con Dios: Dios á darle las fuerzas, y él á hacer sus diligencias: él á obedecer, y Dios á ayudar. En verdad que se puso en pié; y ves aquí vencidos los imposibles. Pues ciego caído, levántate sin excusas, que Dios te dará fuerzas: resuélvete, y verás cómo poniendo Dios su mano, vences los imposibles. Como tú te hallas ahora, se hallaba allá aquel pródigo, cuando dijo con resolucion: *Surgam et ibo ad Patrem meum*, me levantaré, me levantaré. En verdad que así lo hizo, y en levantarse estuvo su remedio: *Et surgens venit ad patrem suum*.

Mas rato ha que me está esperando una muy fuerte réplica, y es: que si los enfermos del amor torpe son los ciegos, ¿por qué han de ser los cojos, los vanos y soberbios? No puede ser, dirá cualquiera, acomodacion mas desproporcionada, porque la vanidad y la soberbia, ¿quién no sabe que antes ese es vicio todo de cabeza? De los cascacos lo han sido los soberbios y vanos: luego no pueden ser estos cojos, *claudorum*.—Reconozco la dificultad del

argumento; pero por mí responderá el profeta Rey: «Oh, Señor, le dice á Dios, toda tu misericordia imploro, porque reconozco que es mucho lo que te pido.» ¿Y qué es lo que pide David? Ya lo dice: *Non veniat mihi pes superbiae*, que no tenga yo, Señor, que no me llegue jamás el pié de la soberbia. ¿El pié Santo Profeta? Pues no dijeras, no me venga la cabeza de la soberbia; ¿pero el pié? Sí, que no tiene mas que un pié solo la soberbia: *Pes superbiae*, ¿Y qué pié será este? Tan flaco, dice Angelio, tan débil, tan caedizo, que ese pié de la soberbia es la vanidad: *Pedem superbiae, pompam in incessu, quam vana gloria ciet, intellige*. Toda esa soberbia en el boato, esa pompa, esa gala, ese no ser menos que otro en la ostentacion y gastos, ¿en qué pensáis que estriba todo? ¿Sobre qué pié pensáis que se sustenta? Sobre la vanidad: *Pes superbiae*. Y á la verdad, oyentes míos, que para esto no hemos menester muchas autoridades: dejádmelo decir á nuestro modo: ¿á cuántos trae en un pié esta vanidad, esta pompa, estas ostentaciones, de que está lleno México? ¿Este querer ser todos iguales, este competir á parecer mejores; esta soberbia, á cuantos trae en un pié? *Non veniat mihi pes superbiae*. Direlo de otro modo: ¿cuántos caudales cojean porque se han de continuar las visitas? ¿Cuántas casas cojean, porque no ha de faltar coche? ¿Cuántos créditos cojean, porque, aunque sea de trampa, no han de faltar las galas? ¿Cuántos hombres cojean, porque, aunque sea de lo ageno, han de ostentar sus mugeres la bizarría? ¿Cuántas conciencias cojean, porque, aunque sea á costa de culpa, no han de dejar las funciones? ¿Y cuántas almas cojean, porque, aunque sea con la sangre de los pobres, ha de mantenerse la pompa?